

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: - Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Telf: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Gisela Calderón/Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinuesa

IMPRESION

Albazul Offset

ECUADOR DEBATE 90

Quito-Ecuador, Diciembre 2013

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

Diálogo de coyuntura: concentración del poder y conservadurización social / 7-22

La Iniciativa Yasuní-ITT: ¿El fin de una utopía ambiental?

Luz Elisa Cervantes Valdivieso / 23-36

Conflictividad socio-política: Julio-Octubre 2013 / 37-46

TEMA CENTRAL

Tecnocracia y democracia en el ocaso de la “Universidad Ecuatoriana”

Iván Carvajal / 47-64

Reflexiones sobre los rankings internacionales de las universidades

Oswaldo Barsky / 65-86

Cambiar el alma... ¿exiliar a las humanidades?

Catalina León Galarza / 87-102

Efectos de la meritocracia en el acceso a la educación universitaria ecuatoriana

Kintia Moreno Yáñez / 103-126

Enseñanza, investigación, transferencia tecnológica en la Universidad de Lovaina

François Dupret / 127-140

DEBATE AGRARIO-RURAL

Empleo Agrícola y no Agrícola en la Amazonía Ecuatoriana

Cristian Vasco; Byron Herrera; Shiram Vargas y Ruth Árias / 141-152

ANÁLISIS

Integración y nuevo regionalismo suramericano: escenarios y prospectivas

Fredy Rivera Vélez / 153-172

La interseccionalidad en la política identitaria de los Indígenas Evangélicos Ecuatorianos

Rickard Lalander / 173-198

2 Índice

RESEÑA

Una tragedia oculta / 199-204

Más vale pájaro en mano: crisis bancaria, ahorro y clases medias / 205-208

RESEÑAS

UNA TRAGEDIA OCULTADA

Miguel Angel Cabodevilla, y Milagros Aguirre
Prólogo de Massimo de Marchi
CICAME-Fundación Alejandro Labaka, Quito,
2013, 227 pp.

*Pablo Ortiz-T.*¹

Aún impactados por las noticias de prensa del primer trimestre del 2013, que difundían de manera parcial los acontecimientos relacionados a la muerte de Ompure y Buganey, una pareja Waorani, y la posterior venganza que derivó en una matanza de familias Taromenane, especialmente mujeres, niños y niñas, salió a la luz *Una Tragedia Ocultada*, cuyos dos capítulos centrales lo escriben el misionero capuchino español Miguel Ángel Cabodevilla y la periodista Milagros Aguirre, miembros de la Fundación Alejandro Labaka.

El primero en su texto intitulado “La masacre...¿Qué nunca existió?” concentra su atención en una reconstrucción pormenorizada de aquellos hechos, que son parte de una espiral conflictiva alta-

mente previsible, que involucra a los Waorani, por un lado y a los grupos de Tagaeri y Taromenane por otro. En alguna medida se convierte en un nuevo capítulo, que prosigue a otros textos similares como “El Exterminio de los Pueblos Ocultos” (2004), “Tiempos de guerra: waorani contra taromenane” (2004), “¡A quién le importan esas Vidas!” (2007), “Zona Intangible. ¡Peligro de Muerte!” (2008). En todos ellos, se evidencia una constante: ausencia del Estado, presencia de los protagonistas en un territorio específico y reducido y una dinámica de conflicto cuyo tratamiento –hasta la presente– ha estado marcada por hechos violentos, que hablan del predominio absoluto de la vía polemial, para resolver las diferencias, y que incluye métodos de aniquilamiento.

1 Profesor e investigador universitario.

En relación a los recientes episodios, Cabodevilla compila una importante cantidad de relatos de participantes y protagonistas de una gran matanza, la segunda en diez años en esa zona. Su braya, por ejemplo, el contacto establecido en Yarentaro entre Ompure y Buganey con un grupo Taromenane. "Ompure, a ojos de los waorani, ya era un anciano, que ya no se acomodaba con las nuevas formas de vida de sus descendientes. Tenía dos casas selva adentro, una a varias horas de la aldea, en la orilla del Dikaro, y otra a más de un día de camino. Había vivido mucho tiempo solo..." (p.30). Esa condición lo convirtió en un "mediador peligroso" donde estableció contactos continuos con los "pueblos ocultos". Precisamente en el 2012, un año antes, fue visitado por jóvenes "altos, musculosos", Taromenane, quienes le expresaron: "Tú cuida el territorio donde vives y nosotros lo cuidamos al otro lado, donde vivimos. En esa zona (junto a Tivacuno), avisa a la gente de afuera que nosotros vivimos ahí, que no entren. Nadie debe cruzar a este lado del río. Por este lado de nuestra zona, nadie puede buscar; si buscan vamos a matar. Así hacemos. Si cruzan, van a morir" (pp.54-55). El autor se interroga, ¿por qué a pesar de una propuesta de convivencia pacífica, en pocos meses más, Ompure y su esposa morirían lanceados? quizás "...tenía chacras muy adentro del territorio [de los otros sic] sin duda en un punto donde sus pasos se atravesaban con toda probabilidad con los de sus ocultos vecinos. A los ojos de éstos sin duda era un invasor" (p.59). Pero hay otros hechos, que Cabodevilla cita en su reconstrucción: Ompure se sen-

tía presionado y clamaba por apoyo, "...estaba en la frontera, hizo intentos y servicios magníficos para tender puentes de diálogo y entendimiento, pero se le dejó demasiado solo y desamparado ante el peligro (p.62).

Luego de la muerte de esta pareja de ancianos el 5 de marzo, dos grupos de Waorani, conocidos localmente tanto por sus respectivos "clanes" como por relacionadores comunitarios de la petrolera Repsol y otros agentes de desarrollo, se prepararon para la venganza: compran armas de fuego y municiones en la ciudad de Coca, planificaron su incursión y emprendieron la campaña por varios días, hasta culminar con el reconocimiento de la aldea Taromenane, donde procedieron al ataque brutal e indiscriminado, con un resultado trágico de muchos cadáveres de pueblos ocultos, varios de ellos niños y niñas, dos de las cuales fueron llevadas vivas a la fuerza, luego de un traumático asesinato de su madre. Y buena parte del relato del cronista, se basa en una descripción de algunas de las 74 fotografías tomadas entre el 24 de marzo al 2 de abril (una cacería fotografiada) por uno de los involucrados. "¿A quién puede ocurrírsele tomar fotos de sus propios homicidios, registrar a los participantes del desaguisado y fotografiar a alguna de sus víctimas?" (p.86).

Si bien la conclusión parcial es que la matanza de marzo del 2013 y la del 2003 presenta a Waorani como responsables, Cabodevilla apunta hacia "la dejación del Estado". ¿Cómo el Estado ecuatoriano, con un Plan de Medidas Cautelares (PMC) en marcha, no pudo

evitar esas muertes? Las posibles respuestas remiten al tema de fondo: la (in) capacidad institucional para garantizar la protección y vigencia de derechos individuales y colectivos, particularmente de estos pueblos vulnerables. Con detalles, el texto señala algunos hechos, conocidos en el entorno local, pero lejos de la mirada de un Estado, miope y sordo, heredero de una mirada etnocéntrica y monocultural, cuyas torpes acciones están lejos de ser las respuestas ágiles y diferenciadas que demandan estos pueblos, cuya existencia además no solo depende del Estado ecuatoriano.

La crónica de Cabodevilla permite visualizar además a un aparato estatal, cuya presencia en la Amazonía ha sido casi siempre delegada a terceros: misiones religiosas, empresas petroleras u organizaciones no gubernamentales. El texto subraya insistentemente –al igual que el capítulo escrito por la periodista Milagros Aguirre, “¡Ocultados! La bitácora de unas muertes anunciadas (marzo-septiembre 2013)”, en que muchas normativas y planes quedan en el papel y en la “buena intención”: el Estado no cuenta con equipos técnicos interdisciplinarios, de especialistas en el tema. Las instituciones responsables de garantizar la seguridad e integridad de los pueblos ocultos se han transferido las responsabilidades entre sí. Y dentro de éstas (Ministerio de Ambiente, Ministerio de Justicia) los funcionarios a cargo, a poco de empezar a aprender o comprender la complejidad de estas relaciones y conflictos, son relegados de sus funciones o transferidos a otras. Las políticas públicas, los planes y las medidas en ese contexto, se convierten en retórica.

Aquello además deja en claro cuáles son las reales prioridades del Estado: la imposición de un modelo de desarrollo económico de raíz colonial, que consiste en convertir las tierras, los bosques, el agua, la flora, la fauna, el carbono, el oxígeno, el germoplasma, los minerales, los hidrocarburos, en mercancía, sin consideraciones mayores sobre sus valores de uso, sus otros significados. Hay que alimentar al mercado, hay que incorporar esos territorios a la dinámica y a la lógica del capital. Pero Ecuador apenas es un punto más en una trama más amplia. A muy pocos kilómetros del lugar de estos hechos, al otro lado de la frontera, en Loreto, Perú, el Estado ha venido implementado una “Política Gubernamental de Explotación de Hidrocarburos”. Frente a ello, desde el 2003, la Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana (AIDSEP) solicitó a las autoridades el establecimiento oficial de la Reserva Territorial Napo-Tigre a favor de los pueblos indígenas en aislamiento que habitan la zona fronteriza con Ecuador. El pedido lo habían respaldado con estudios antropológicos y con soportes geográficos de delimitación territorial. Presionados por la desatención a la propuesta, funcionarios del Instituto Nacional de Desarrollo de Pueblos Andinos Amazónicos y Afroperuano (INDEPA), institución rectora de la protección de estos pueblos, pasaron a convocar a la dirigencia y a funcionarios de otros sectores del Estado a reuniones para discutirla, sin llegar a resultados positivos, como lo reseñaba la investigadora Beatriz Huertas “al poco tiempo, funcionarios del sector de hidrocarburos manifestaron públicamente su opinión sobre la so-

licitud ridiculizándola y acusando a AIDESEP de inventar a estas poblaciones a las cuales compararon con el mito del monstruo del Lago Ness”.²

El comportamiento de los funcionarios e instituciones estatales no es casual. La negligencia no es gratuita, pues está orientada a fortalecer la política de ocupación de los territorios, a vaciarlos, sobre la base del debilitamiento de la capacidad de control y regulación, que debería estar presente al momento de aplicar los derechos consagrados en la Constitución, cuyas normas deberían servir para convertir el temor en confianza, la fragmentación y reducción territorial en derechos territoriales reconocidos y vigentes, la disminución de bosques, agua limpia y proteína animal de la selva en alimentos seguros. Si de algo sirven crónicas como las que escribe Cabodevilla en estos días, a diferencia de lo que hicieran los misioneros desde el siglo XVI, las cartas relatorias y las relaciones, es recoger o anotar con cierto detalle los acontecimientos del presente, estructurados por una secuencia temporal, pero de cara a generar un tipo de memoria que se corresponda con un tipo de relato historiográfico. ¿Contribuye ese tipo de relatos a modificar la perspectiva de las otriedades, amazónicas y ocultas? ¿Puede esto, con alguna pertinencia, ayudar a replantear la producción historiográfica, y a problematizar los referentes desde los cuales se piensa y se construye la realidad de las Amazonías y las localidades de países

como Ecuador? Bhabha criticaba los mecanismos institucionales que producen las representaciones del “otro” y lo proyectan como entidad susceptible de ser ocultada por discursos etnológicos, geográficos, historiográficos y lingüísticos de la modernidad.

Cabodevilla es un protagonista, junto a otras entidades menos ilustradas, al momento de establecer una formación discursiva, una forma de narrar y representar la realidad amazónica. Los Wao-rani aparecen desproporcionadamente como los principales (¿únicos?) responsables de las matanzas que narra la obra. Casi despojados de sus derechos a defender sus territorios. Dicho derecho, según estas versiones, les corresponde a los “pueblos ocultos” o “fantasmas errantes” como los definió en alguna ocasión el propio misionero capuchino.

Pero también el trabajo puede contribuir a un replanteo de todas las lecturas de la historia reciente de la Amazonía y de la representación de nuestras realidades, lo cual podría enriquecerse si se incorpora otro análisis como la metafóricidad de los pueblos y comunidades imaginadas, lo cual permitiría observar que el espacio de la nación-pueblo moderno nunca es simplemente horizontal. El movimiento metafórico requiere una clase de “duplicidad” en la escritura; una temporalidad de representación que se traslada entre formaciones culturales y procesos sociales sin una lógica causal centrada. Aquello su-

2 Beatriz Huertas Castillo, *Despojo Territorial, Conflicto Social y Exterminio. Pueblos Indígenas En Situación De Aislamiento, Contacto Esporádico Y Contacto Inicial De La Amazonía Peruana*, Lima: IPES-IW-GIA, 2010.

pondría superar propuestas historiográficas como las cercanas al paradigma marxista y al nacionalismo de izquierda, para quienes obviamente estas his-

torias y sus gentes, les resultan marcadamente incomprensibles, con consecuencias fatales tal como nos muestra *Una Tragedia Ocultada*.